

Últimas noticias sobre izquierdas, clases y naciones*

Xavier Domènech Sampere
Universitat Autònoma de Barcelona

Hay una relación que se condensa en un mismo espacio y tiempo, fascinante y poco explicada, entre las matrices de dos de las grandes corrientes emancipatorias, que a veces pueden tomar también un cariz reaccionario. El lugar es Francia y el tiempo los años treinta del siglo XIX. Allí un joven genovés, pero ya maestro de la carbonería en su tierra natal, se encontrará con un viejo toscano, y el mismo también dirigente carbonario, último superviviente y transmisor del comunismo de la Revolución Francesa de 1789. Si el primero, un republicano y demócrata radical, en ese momento ya ha formulado claramente lo que se conocerá como el principio de las nacionalidades, aquel donde, en sus propias palabras, se trata de luchar por la «asociación de todos los hombres que, por lengua, por condiciones geográficas, y por la parte que les ha asignado la Historia, reconocen un mismo principio y se proponen, en virtud de un derecho común, conseguir un mismo fin»; el segundo, ha conseguido transmitir el legado del comunismo después de años de re-

presión con la publicación de *Conspiration pour l'Egalité dite de Babeuf* (1828), explicando los principios de un movimiento que como reconocía Marx en *La Sagrada Familia* formaban la base comunismo moderno. En este marco, Giuseppe Mazzini y Filippo Buonarroti mantuvieron una colaboración estrecha por un poco tiempo, compartían organización, redes y aspiraciones de subvertir completamente el mundo donde vivían. Pero esta historia duró poco, la colaboración fue marcada por una progresiva tensión que acabó en ruptura total.

En ese cruce de caminos (donde por cierto encontraremos también ligados a la carbonería en Francia a parte de los primeros republicanos federalistas y comunistas catalanes que introducirían los nuevos principios en España), para uno, Mazzini, se trataba, sin rechazar la posible inspiración socialista, de construir grandes organizaciones revolucionarias transversales que minaran la Europa de la Restauración y la Santa Alianza. Principio de donde nacieron sucesivamente la Joven Italia, la Joven Polonia, la Joven Alemania, la Joven Hungría, la Joven Irlanda, y un largo etcétera más en un amplio movimiento fraterno que incluirá una precaria Joven España y una tardía Joven Cataluña. Contrariamente, para Buonarroti, que hacía de París su fortaleza inexpugnable frente la influencia de Ma-

* Es reseña de Aurelio Martí Bataller (coord.), *Proletarios de todos los países. Socialismo, clase y nación en Europa y España (1880 – 1940)*, Granada, Comares, 2019; Diego Díaz, *Disputar las banderas. Los comunistas, España y las cuestiones nacionales (1921 – 1982)*, Gijón, Trea, 2019 y Vega Rodríguez-Flores, *Fer país. Comunismo valenciano y problema nacional (1970 – 1982)*, València, Institució Alfons el Magnànim, 2018

zzini, en las nuevas organizaciones revolucionarias se debía enfatizar por encima de todo el principio de la igualdad social. Se inicia así una compleja relación entre dos movimientos que, en origen compartieron organizaciones y aspiraciones, plagada de incomprensiones y enfrentamientos, aunque también de espacios de simbiosis. Su importancia, más allá de las historias personales, se verá de nuevo en 1848 cuando la «primavera de los pueblos» fue acompañada de la voluntad de ir hacia una democracia social. Finalmente los sueños de Mazzini y Buonarroti acabaron, prácticamente por las mismas fechas, en una unificación italiana de carácter monárquico, de la que el republicano genovés quedó apartado, y en el ahogamiento en sangre y fuego de una Comuna de París aislada y dirigida en gran parte por los últimos discípulos del toscano, los blanquistas. Pero sus cenizas siguieron quemando la historia del siguiente siglo. Escribía Josep Fontana, en un lejano 1983, que «La historia de las sociedades humanas se mueve en un juego de coordenadas que tiene dos grandes ejes: el de la lucha de clases y el de las solidaridades nacionales». Dos ejes no siempre fácilmente encajables, como mínimo en lo teórico.

Recoge Ferran Archilés, en uno de los libros reseñados aquí, una cita de Tom Nairn donde se señala que «La teoría del nacionalismo representa el mayor fracaso histórico del marxismo». Algo que no sólo este curtido marxista escocés expresaba con tamaña crudeza, sino que también recogían, en este caso con evidente regocijo, teóricos liberales de la modernización, indisimuladamente anticomunistas, como Ernest Gellner que, al hablar de la «teoría del camino equivocado» del marxismo, afirmaba, en su obra clásica sobre las naciones y el nacionalismo, que «Al igual que los extremistas chii-tas musulmanes sostienen que el arcángel Gabriel se equivocó entregando a Mahoma

el mensaje que estaba destinado a Alí, los marxistas fundamentalmente se complacen en pensar que el espíritu de la historia o la conciencia humana cometió una tremenda tontería. El mensaje que había de despertar las conciencias estaba destinado a las *clases*, pero debido a un espantoso error postal se entregó a las *naciones*.» ¿Y ante ello qué tiene que decir el representante más conocido sobre estos temas de la historiografía marxista, Eric Hobsbawm? En realidad, no parece que mucho, ya que a pesar de afirmar la influencia de Miroslav Hroch en su *Naciones y nacionalismo desde 1780* (1990), la influencia de Gellner a veces es más constatable en muchos de sus pasajes (de hecho, el concepto que hizo famoso a Hobsbawm en este campo, «la invención de la tradición», tiene probablemente su origen en Gellner). En todo caso, establece una línea de ataque clara contra todo pensador o historiador que pueda ser considerado nacionalista ya que, según sus propias palabras, «Finalmente, no puedo por menos que añadir que ningún historiador serio de las naciones y el nacionalismo puede ser un nacionalista político comprometido, excepto en el mismo sentido en que los que creen en la veracidad literal de las Escrituras, al mismo tiempo que son incapaces de aportar algo a la teoría evolucionista, no por ello no pueden aportar algo a la arqueología y a la filología semítica. El nacionalismo requiere creer demasiado en lo que es evidente que no es como se pretende.» Tesis que aplicada a otros campos haría imposible que un ecologista analizara los problemas ambientales o que un historiador socialista, como el mismo Hobsbawm, hiciera la historia del socialismo. A veces, aunque pueda parecer lo contrario, el ataque no es una buena defensa. Otro marxista, Benedict Anderson, hablando de este tipo de posiciones en un libro que paradójicamente ha sido utilizado contra lo que él mismo

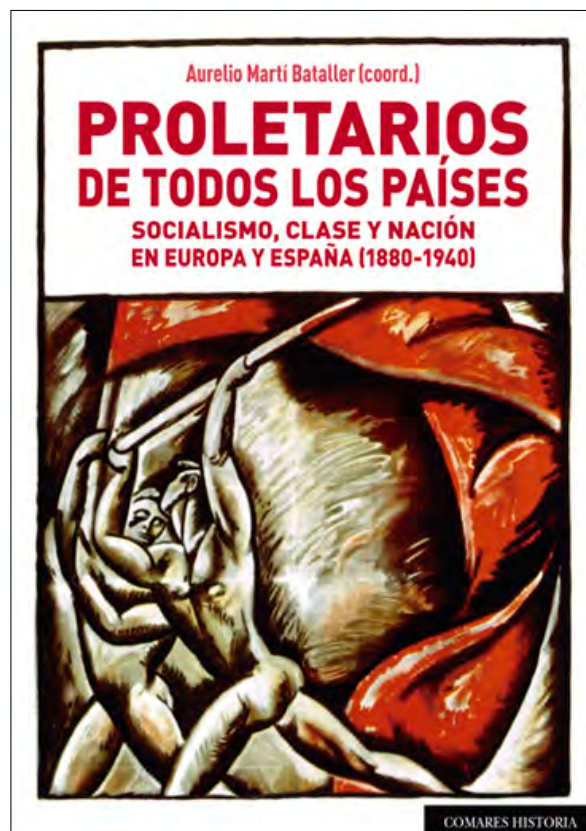
criticaba (lo cual indica que probablemente muchos de los que lo utilizan no lo han leído) explica que «Con seguridad, reflejaban también la mentalidad característica de un tipo bien conocido de intelectual europeo de izquierdas, orgulloso de su conocimiento de las lenguas civilizadas, de su herencia de la ilustración y de su profunda comprensión de los problemas de todos los demás. En este orgullo se mezclan en proporciones iguales los ingredientes internacionalistas y los aristocráticos».

Pero más allá de estos problemas teóricos, que han implicado problemas también historiográficos, es el mismo Benedict Anderson el que señala en su *Comunidades Imaginadas* que el nacionalismo más que una teoría o una ideología parece ser un fenómeno social y, en este sentido, intentar comprenderlo históricamente probablemente sea la estrategia más adecuada de aproximación. O dicho en palabras del propio Marx «El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente escolástico» ya que «Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica.» Una práctica que en el caso de la historia de la relación entre cuestiones nacionales y las izquierdas que se reivindican de clase en España, es de las más complejas de Europa (o como mínimo de la Europa occidental). Y es que, a pesar de que es cierto, cómo señala Aurelio Martí Bataller en el mismo libro que Ferrán Archilés, que se ha producido una «marginalidad de las reflexiones sobre el nacionalismo en la tradición marxista»; también lo es, como afirma Diego Díaz en otro de los libros reseñados aquí, que «Pocas cuestiones como esta han suscitado y siguen suscitando en el seno de las izquierdas de nuestro país debates tan acalorados y posiciones tan con-

trapuestas y contradictorias [...] También en pocos países europeos las izquierdas —o al menos una buena parte de ellas— han tenido y tienen una relación tan difícil y contradictoria con su propia identidad nacional, con la palabra patria y con los símbolos oficiales del Estado». Una problemática, la de la relación entre la clase, las izquierdas y los proyectos nacionales, que en el campo teórico dista de avanzar y menos en unos tiempos donde los críticos de las «trampas de la diversidad» acaban por reducir la clase a una identidad (cosa que nunca fue), primordial si se quiera pero identidad también al fin y al cabo. Pero si ello sucede en el campo, por llamarlo de alguna manera, «teórico», en el campo historiográfico los avances son constatables. En este sentido, entre 2018 y 2019 han aparecido tres libros fundamentales: *Proletarios de todos los países. Socialismo, clase y nación en Europa y España (1880 – 1940)*, coordinado por Aurelio Martí Bataller (Comares, 2019), *Disputar las banderas. Los comunistas, España y las cuestiones nacionales (1921 – 1982)* de Diego Díaz (Ediciones Trea, 2019) y *Fer país. Comunismo valenciano y problema nacional (1970 – 1982)* de Vega Rodríguez-Flores (Institut Alfons el Magànim, 2018).

El primero de estos libros está coordinado por Aurelio Martí Bataller, autor así mismo de dos importantes libros sobre el socialismo y las cuestiones nacionales en los años treinta como son *España socialista. El discurso nacional del PSOE durante la Segunda República* (2017) y *Internacionalisme o nacionalisme? Socialisme i nació als territoris de llengua catalana (1931 – 1936)* (2018). En este caso, es un libro colectivo que reúne a una amplia nómina de especialistas europeos (Stefan Berger, Paul Ward, Patrizia Dogliani, Charles Vergnon o Angel Smith) y españoles (Ferran Archilés, Antonio Rivera, Pilar Salomón Chéliz o el mismo Aurelio Martí). En este sentido, recuerda

mucho, por propósito, ambición y cronología, al libro italiano de 2005 *La nazione in rosso. Socialismo, Comunismo e «Questione nazionale»* (2005). De hecho, permite, al igual que su homólogo italiano, pero con unos años de ventaja, una actualización sobre los avances en el estudio de la relación entre socialismo y cuestión nacional a nivel europeo. Estudios donde, mucho más allá de esa aparente falta de relación entre los movimientos de carácter internacionalista y las respectivas naciones, se muestra claramente las múltiples conexiones entre los movimientos socialistas y los respectivos procesos de reforzamiento de los marcos nacionales. Para el socialismo, sobre todo a partir de finales del siglo XIX, el Estado nación deviene así el marco «natural» de la transformación política, reproduciendo retóricas patrióticas que tendrán un primer momento clave en la Primera Guerra Mundial y un espacio de especial intensificación, ya en un segundo momento, con la emergencia del frentepopulismo de los años treinta que no deja de ser una forma de nacionalpopulismo. Habría un tercer momento de esta relación entre izquierdas y nación, que el libro ya no trata, pero que será absolutamente fundamental, aunque probablemente ya más en la historia del comunismo que no en la del socialismo. Este se daría en el marco de las resistencias europeas al nazifascismo, donde éstas se caracterizan a sí mismas como movimientos de «liberación nacional», contra la invasión «extranjera» fascista, cuando no de reconstrucción y culminación de sus respectivas naciones, como en el caso italiano donde la resistencia venía a realizar el «secondo Risorgimento». Algo que en España se experimentó con anterioridad, en el marco de la Guerra Civil española, aunque en este caso se saldó con una derrota con profundas consecuencias en la misma construcción de la nación española.



Pero el libro coordinado por Aurelio Martí no se agota en la mirada europea, sino que también se centra en el caso español, donde la historiografía, y aquí es de destacar la escuela valenciana representada por historiadores como el mismo Aurelio Martí y Vega Rodríguez-Flores, ha hecho pasos de gigante en los últimos años. Así, como recoge el coordinador de este volumen, si «desde mediados de la década de 1970 y prácticamente hasta el cambio de siglo, se estableció la idea de la oposición obrera a las corrientes nacionalistas [...] Igualmente, buena parte de la historiografía continuó adherida a nociones exclusivistas entre clase y nación y la dicotomía excluyente entre internacionalismo obrero e identificación nacional», esto ha cambiado (o como mínimo lo ha hecho entre aquellos que están investigando estas cuestiones), desde la segunda mitad de la década de los noventa. En este sentido, el libro aborda intensamente el caso del socialismo español para

mostrar como la cultura política gestada en la II Internacional, y yo añadiría básicamente a partir de la lectura más guesdista de esta cultura —confundida a menudo con el jacobinismo sin más— se encarnó en el caso del PSOE en un discurso nacional español que, en parte recuperaba el nacionalismo liberal del XIX. A esto, además, se añade una visión de este mismo proceso desde la experiencia vasca, a la que quizás faltaría un contraste con la catalana, ya que el interesante trabajo de Ángel Smith sobre Cataluña que recoge el libro se centra más en el caro debate sobre los orígenes de clase del catalanismo que no en la relación de este con el socialismo. Quizás sería interesante que los diferentes estudios del libro se hubieran extendido un poco en dos posibles paradojas de la historia del socialismo español en relación con la cuestión nacional. La primera de ellas hace referencia a su desconexión en relación con la tradición del republicanismo federal, con fuerte influencia entre la clase obrera y el campesinado, del siglo XIX, y su absorción de una tradición nacionalista española claramente regeneracionista (e incluso probablemente krausista), más propia de una parte de las clases medias que de la propia clase obrera. La segunda, al hecho de que el socialismo español, representado en este caso por el PSOE, fue el único de los socialismos de la Europa continental que, enfrentado a un contexto de fuertes tensiones nacionales, no generó una línea de pensamiento político específico para integrar esta realidad. Así, en el caso de Austria-Hungría una situación similar dio pie al nacimiento del austromarxismo, mientras que el Imperio Zarista generó la síntesis final leninista que, yendo mucho más allá de la defensa del derecho de autodeterminación, integró a los diversos movimientos nacionales en la propia estrategia revolucionaria comunista. Análisis y estrategias para integrar

los distintos fenómenos nacionales que brillan por su ausencia en el caso del socialismo español y probablemente por ello se establece una tercera paradoja en su desarrollo: su escasa presencia, cuando no desaparición como sucedió durante la Guerra Civil, en el principal escenario de desarrollo del proletariado en España durante este periodo, Cataluña.

Probablemente en parte esta misma realidad ha llevado a que Diego Díaz en su libro *Disputar las banderas. Los comunistas y las cuestiones nacionales (1921 – 1982)* aborde esta misma cuestión —específicamente en este caso en el campo comunista y desde una perspectiva cronológica más amplia— desde la consideración plural de los comunismos hispánicos. Plural en términos nacionales, plural también en términos de corrientes ideológicas y partidarias. Así, si centralmente el hilo de este libro es la propia historia del PCE, pero con una mirada atenta en la historia del PSUC como polo irradiador alternativo a nivel hispánico en el tratamiento de la cuestión nacional, también trata de las diversas izquierdas comunistas (BOC, IC, POUM, MCC, PTE, etc.). Esta opción permite observar una realidad mucho más rica y plural sobre la cuestión en un libro que es enormemente exhaustivo, viaja por las distintas realidades nacionales de España y se plantea preguntas que son verdaderas cargas de profundidad en la historia del comunismo español. En este caso, además, se observa como la matriz leninista, y la propia influencia de la Internacional Comunista, tiene un papel fundamental en la orientación del comunismo hispánico hacia la integración de las distintas realidades nacionales en su propia estrategia política, a diferencia del caso del PSOE. También en este caso se producen propuestas federales republicanas plurinacionales y alianzas, contradictorias y cambiantes, entre esta izquierda y las fuerzas nacionalis-

tas, a la vez que se construye un discurso nacional español creciente durante la Guerra Civil y el propio antifranquismo. De hecho, es interesante observar cómo en realidad la estrategia frentepopulista española no fue sólo una traslación de una experiencia internacional, en parte incentivada por la propia Internacional Comunista a partir de su VII Congreso de 1935, sino un espacio de experimentación y creación política a gran escala en varios sentidos, entre los que se cuentan la integración de nación, clase e izquierdas. Así, elementos clave de las resistencias en la Segunda Guerra Mundial, como la idea de guerra nacional contra la agresión extranjera o el proceso de resistencia y desafío como un proceso de reconstrucción y de creación de una nueva nación, en realidad tendrán su base en el discurso comunista durante la Guerra Civil española donde participarán muchos de los futuros dirigentes comunistas de las resistencias posteriores.

Pero, a pesar de que el libro de Diego Díaz no se adentra extensamente en esta perspectiva comparada, hay una diferencia radical entre la experiencia europea y la española: la derrota. Una diferencia con profundas consecuencias como se observa en este trabajo cuando aborda la relación entre cuestiones nacionales y comunismos en la transición. Si en gran parte de Europa los símbolos nacionales oficiales que ocuparon el espacio público y de las representaciones colectivas después de la guerra (banderas, canciones, memorias, etc.) fueron los símbolos generados en los procesos de relectura de la nación y lo nacional en la resistencia, una resistencia con una fuerte impronta comunista, en el caso español ello no fue así. Esto generó un problema profundo para el comunismo hispánico, donde la tensión creativa y la síntesis entre la defensa y articulación de un proyecto nacional español y a la vez la defensa



de las libertades nacionales de las distintas naciones presentes en el suelo español, se rompió por varios lados. Muchos fueron los que en el paso de la bandera republicana a la monárquica decidieron quedarse con la bandera de su propia nación alternativa. Ello dejó al Partido Comunista de Euskadi, pero incluso también al Partido Comunista de Galicia en otro sentido, inermes ante el hecho de que debían defender un proceso político que negaba parte de sus propias señas de identidad (y no sólo de identidad, sino también políticas, como fue, por ejemplo, en el caso de la aceptación de la monarquía), compitiendo a su vez con opciones nacionalistas que mostraban un mayor carácter rupturista en lo nacional y que hacían de polo de atracción de malestares también sociales. El resultado fue la práctica desaparición electoral en el proceso de transición en espacios con una fuerte impronta nacional propia, lo cual a su vez redundaba en un mal resultado en le con-



junto de España. En el caso del PSUC sucedió todo lo contrario en la medida que había hecho de la defensa de las libertades nacionales catalanas y del catalanismo popular una sus principales señas de identidad. Con ello bloqueó la posibilidad de que emergiera una izquierda nacionalista fuerte durante esos años que pudiera competir con el partido comunista catalán. En este camino fue el mismo PSUC el que convirtió la *senyera* en su bandera, obviando en sus actos públicos la nueva bandera española. Pero, más allá de esto, por si no fuera poco, el comunismo español se encontró con el problema de defender una idea de nación española que, monopolizada por cuarenta años de franquismo y sin integrar en la nueva realidad elementos simbólicos e históricos de su propia tradición, difícilmente

se sentía como propia.

Finalmente, el trabajo de Vega Rodríguez-Flores, autora de una tesis doctoral de la que esperamos su pronta publicación sobre el PSOE y la cuestión nacional en la transición, ilumina la relación entre comunismo y nación(es) desde un ángulo, el valenciano, que introduce una mayor complejidad en las cuestiones tratadas por esta nueva historiografía sobre las izquierdas y los problemas nacionales en España. Su opción por un estudio de caso, el del Partido Comunista del País Valenciano, en el tardofranquismo y la transición, y sobre todo la elección de enfocar esta problemática no desde España o desde alguna de las consideradas nacionalidades históricas, sino desde el País Valenciano, le da a este trabajo una cualidad especial. Es esta perspectiva la que le permite afrontar las múltiples encrucijadas y tensiones que debe abordar el comunismo y las izquierdas cuando se enfrentan a la cuestión nacional y territorial en un espacio, el valenciano, donde lo nacional da paso a la más indeterminada singularidad y la identidad se convierte en un campo de batalla político y estatal de primer orden. Este es un libro clave, donde emergen con toda su crudeza las distintas recomposiciones nacionales e identitarias que se ensayan desde el poder y a la vez se realiza con extremada *finezza* una disección de la articulación territorial del Estado en la transición. Enormemente interesante también en este sentido, al dar cuenta de que, a pesar de los enormes esfuerzos y energías dedicadas desde el campo comunista a intentar «integrar» la cuestión nacional, probablemente el debate interrumpido entre Buonarroti y Mazzini sigue siendo clave para esta tradición.